Primo Levi

Deber de memoria

libros del
Zorzal

Primo Levi

Deber de memoria

libros del
Zorzal

Primo Levi

Deber de memoria

libros del
Zorzal

Primo Levi

Deber de memoria

libros del
Zorzal

Levi, Primo Deber de memoria / Primo Levi. - 1a ed . - Ciudad Autónoma d

Traducción: Octavio Kulesz

Ilustración de tapa y contratapa: María rabinovich

Diseño: Verónica feinmann

© Libros del Zorzal, 2006

Buenos Aires, Argentina

“Le devoir de Mémoire”

© Mille et une nuits, département de la Librairie

Arthème Fayard, 1995, 2000.

Este libro se realizó con el apoyo de la Dirección General de Industria, Comercio y Servicios de la Subsecretaría de Producción,

G.C.B.A.

Libros del Zorzal

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido

de Deber de memoria, escríbanos a:

info@delzorzal.com.ar

www.delzorzal.com.ar

Este volumen reproduce el diálogo mantenido entre Primo Levi y dos historiadores, Anna Bravo y Federico Cereja –ambos profesores de la Universidad de Turín–. El encuentro tuvo lugar en el marco de una investigación sobre la memoria de la deportación, iniciada en 1982 y auspiciada por la Asociación nacional de ex deportados (ANED), el Consejo nacional de Piamonte y el departamento de Historia de la Universidad de Turín. La entrevista se realizó el 27 de enero de 1983 y fue publicada en la Rassegna Mensile di Israel en 1989, conservando las diferentes marcas de oralidad. El texto fue editado en formato libro por la editorial francesa Mille et une nuits, en 1995.

Entre los puntos importantes de su conferencia en la Universidad de Turín estaban los rituales, los comportamientos sugeridos, impuestos o decididos en común que llamamos el "saber vivir" del campo.

Sí, prefiero comentárselo ya mismo. Puede que sea reiterativo y que repita cuestiones que aparecen en mis libros, es un inconveniente inevitable. Como en cualquier parte, existía un código oficial, un sistema de prohibiciones y prescripciones impuestas por las autoridades alemanas. Pero a ese código se le agregaba también un código de comportamiento espontáneo que denomino "saber vivir"; algunas de las prescripciones o de las prohibiciones podían esquivarse, pero eso se aprendía con la experiencia, cuando uno sobrevivía a la crisis de iniciación, que era la más penosa. El que sobrevivía a los primeros días terminaba aprendiendo todos los rodeos, todas las artimañas posibles –por ejemplo, la mejor manera de hacerse el enfermo–, la corrupción reinaba en el Lager [1], lo cual sorprendía a todo el mundo. En efecto, nosotros al menos, judíos italianos que tardamos bastante en entrar en contacto con los alemanes, habíamos adoptado la imagen oficial del alemán, cruel e incorruptible, cuando en realidad eran extremadamente corruptos. Eso se aprendía más o menos rápido, con la experiencia. Pero no sólo se trataba de los alemanes, que se mantenían a un lado y parecían divinidades inaccesibles, sino de toda la jerarquía del campo que dependía de los alemanes. Había una palabra polaca que se aprendía enseguida: protekcja. Reinaba toda una serie de comportamientos que no tenían que ver directamente con la supervivencia, pero que era considerada la marca de una buena o mala educación. Hablé por ejemplo de cuando se pedía prestada la cuchara. En general, éste era un préstamo que sólo se otorgaba a una persona de confianza, porque una cuchara constituía un capital, valía una ración de pan: uno se la prestaba exclusivamente a gente de confianza o a personas fáciles de vigilar. Al comienzo no nos regalaban la cuchara, había que ganársela, es decir, comprarla con pan. Entre paréntesis, cuando se liberó el campo encontramos un depósito lleno de cucharas, no había motivos para no distribuirlas... El recién llegado estaba entonces obligado a lamer la sopa como un perro, pues nadie le daba una cuchara; en todo caso, cuando

alguien nos pedía prestada la nuestra, convenía lamerla primero; tomábamos nuestra sopa y luego lamíamos bien la cuchara para limpiarla y sólo en ese momento la prestábamos. Pienso ahora en otra cosa más: la vestimenta, la compostura. Esto puede parecer extraño, ya que era casi imposible estar bien vestido; pero, como en la vida normal, la ropa tenía su importancia: sombrero y zapatos "decentes" –lo digo entre comillas porque nunca eran decentes, los deportados tenían tras de sí un recorrido tremendo–, de algún modo este cuidado por la prolijidad formaba parte de la disciplina del campo. Al comienzo solía olvidarla, pues me parecía una preocupación inútil, creía que era inútil sacudirle el polvo a una chaqueta llena de grasa y manchas de óxido. Pero los antiguos deportados me dijeron: "no debes actuar así: aquí hay que tener los zapatos y la chaqueta limpios; hay que lavarse la cara y no escaparle al peluquero". Nos afeitábamos solamente una vez por semana, pero había que hacerlo por respeto a la disciplina y las reglas del campo y también como armadura externa y visible de nuestra vida moral. Nos movía una suerte de instinto colectivo. El que se dejaba llevar estaba en peligro, llegaba siempre último.

¿Pudo observar, respecto de esta exigencia de dignidad incluso a nivel de las apariencias, si podían establecerse distinciones de origen social, si los modelos culturales de prolijidad y decencia jugaban algún papel?

No creo... De hecho, el origen social se desdibujaba muy rápido, y otros factores prevalecían. Recuerdo que los intelectuales entraban en decadencia velozmente, mientras que la gente acostumbrada al trabajo manual resistía más. No había un criterio absoluto. Uno de los múltiples criterios era el peso corporal: es claro que un hombre como yo, naturalmente flaco, que al llegar al Lager pesaba cuarenta y nueve kilos, necesitaba menos calorías que uno de ochenta o noventa kilos. En mi caso eso fue un factor de supervivencia, una ventaja. Muchos intelectuales caían porque se encontraban con un trabajo que nunca antes habían realizado, enfrentados a la obligación de trabajar físicamente, de ocuparse de cosas que un hombre acomodado no realizaba jamás, cepillar la ropa sin cepillo, con las manos, con las uñas...

Ocuparse de lo propio.

Sí, en vez de delegarlo a otros.

En efecto, en las familias ese trabajo recaía en las mujeres: la esposa, la empleada...

Por supuesto. En el Lager, de hecho, había que estar atento. Yo mismo me encontré en gran peligro los primeros días, a causa de un hecho importante para nosotros los judíos italianos: la imposibilidad de comunicarnos. Y creo que lo que me salvó fue la amistad. Sentí esa imposibilidad como una marca de fuego, como una tortura; caí en un medio en el que no comprendía una sola palabra, en el que uno no podía hacerse entender. Era afortunado quien hallaba un italiano con el cual comunicarse. Eramos pocos de esa nacionalidad, unos cien sobre un total de diez mil, el uno por ciento de los detenidos del Lager, y eran pocos los extranjeros que hablaban nuestra lengua; entre nosotros, casi nadie hablaba alemán o polaco, apenas había algunos que hablaran francés. Sufríamos mucho por ese terrible aislamiento lingüístico. Encontrar una grieta, una forma de superar ese aislamiento constituía un factor de supervivencia. Y hallar la otra punta del hilo, un amigo, era la salvación. Pero ese muchacho del que a menudo he hablado en mis libros, Alberto, era la persona que faltaba, se animaba a revender para sí mismo y para los demás, y me encontré con él de casualidad, sin comprender demasiado... En él hallé a un salvador. Me decía: "tienes suerte". No sé en qué se basaba para decir eso, pero el destino lo mostró más tarde: tuve suerte. Varias veces intenté teorizar acerca de lo que me había salvado y saqué poco en limpio; llegué a la conclusión de que el azar había sido el factor dominante. Por ejemplo, en mi caso, yo que no tenía una salud particularmente sólida estuve un año sin enfermarme, ni siquiera una afección banal.

Y luego, finalmente...

Me enfermé justo cuando hacía falta, cuando eso era una suerte, porque contra todas las previsiones los alemanes libraron a los enfermos a su propio destino.

Tal vez suene un poco apresurado decir que en ciertas ocasiones la suerte consiste en poder enfermarse cuando se puede, como si el cuerpo resistiera por una especie de autorregulación hasta el momento en que nos dejamos llevar.

En ciertos casos es así. Quizás haya sucedido eso, pero el fenómeno también se produce en la vida corriente.

Efectivamente. Pero volviendo a ese "saber vivir", recuerdo que hizo alusión a un código explícito según el cual convenía no hablar de ciertas cosas.

Sí. Aquí abordamos un tema que remite al discurso acerca de la muerte, del cual hablaré un poco más tarde. En la vida corriente, en un momento distendido y familiar no conviene hablar de cáncer. De igual modo, en el campo era un signo de torpeza, de mala educación hablar del crematorio o de la cámara de gas. Sí, era un tema que podía evitarse, porque no estaba materialmente en nuestro campo; yo no estaba en Birkenau, sino en Monowitz. En Auschwitz no había un solo campo, había varios y el mío era el tercero en jerarquía –Auschwitz III–, el más grande de los campos secundarios. El crematorio estaba en Birkenau; nunca pisé ese lugar y no puedo decir si este código de conducta también regía allí, pero en mi campo se consideraba incorrecto evocar aquellos temas: se

callaba a quienes los mencionaran, se cambiaba de tema.

¿Había otros temas prohibidos además de ése?

No. El tema que volvía como una obsesión era la comida, pero era tan general, tan común a todos y a cualquiera, que se lo toleraba, aunque fuera nocivo. Hablar de recetas exquisitas bajo semejantes condiciones traicionaba una pulsión imperiosa y suscitaba una reacción de irritación, nerviosismo, pero todos lo hacían. Conocí a pocos hombres lo suficientemente fuertes como para resistir la tentación de hablar de lo que comían en sus casas, idealizándolo. Era por cierto el tema principal, no se salía de ahí; era el tema de conversación por excelencia. También quería mencionar esto: el discurso sobre la muerte. El miedo a la muerte no era cualitativamente diferente

–al menos que yo recuerde– de lo que se conoce en la vida normal. Hoy en día podemos sentirnos libres, pero todos sabemos que vamos a morir, y allí tampoco ignorábamos que la muerte golpeaba: no era cuestión de diez, veinte o treinta años, sino de algunas semanas o meses. Y sin embargo, extrañamente, eso no cambiaba demasiado las cosas. El pensamiento de la muerte se reprimía, al igual que en la vida corriente. La muerte no figuraba en el registro de las palabras o los miedos cotidianos. Nos faltaban tantas cosas, comida, calor, era tan vital evitar el cansancio y los golpes, que la muerte, que no parecía un peligro inmediato, se relegaba a un segundo plano.

¿Hubo alguna clase de selección cuando llegaron?

Sí, al bajar del tren, en los primeros minutos. Así ocurría cada vez que llegaba un contingente, pero en el momento no lo

comprendimos. En todo caso, yo no lo comprendí, y entre los italianos pocos lo entendieron. Era una operación extremadamente rápida, basada en un cupo constante, de más o menos cuatro quintos. Al menos tres cuartos de los deportados eran enviados directamente a la cámara de gas, y un quinto o un cuarto iba a trabajar.

¿Y cuándo tuvo la certeza de que existían las cámaras de gas, además de los crematorios?

En nuestro campo ése era un tema postergado; como ya dije, se hablaba bajo mil censuras, a veces alguien que venía de Birkenau... Me acuerdo por ejemplo de que un muchacho turco o griego que hablaba italiano vino de Birkenau y dijo: "Sí, en Birkenau se trabaja menos que aquí, pero allí es la muerte". Pero cuando le pregunté: "¿Qué quieres decir?", levantó los hombros y no insistió. En nuestro campo, la idea que todos reprimían era la de la cámara de gas. Pero supongo que en otros campos era igual, también en Birkenau. Hay que pensar que en medio de semejantes condiciones el deportado no tenía nuestra sensibilidad, nuestra emotividad. Estaba aturdido y ese aturdimiento le aseguraba la salvación, pues le permitía aguantar hasta el final del día preocupándose únicamente por cosas inmediatas, cotidianas y esquivando el resto. Nuestra sensibilidad se encontraba reducida, en especial nuestra emotividad. Aquí abro un paréntesis: después de casi cuarenta años, guardo el recuerdo de todo esto a través de lo que he escrito; mis textos hacen las veces de memoria artificial, y el resto, lo que quedó sin escribir, se resume en algunos detalles.

Cuando uno escribe no cuenta toda su experiencia: hay un recorte, una selección, las cosas se organizan, como hace cualquier escritor. Entonces, ¿qué ha eliminado usted en sus textos? ¿Qué recuerda haber dejado de lado?

La elección no ha sido consciente; he intentado transcribir lo más penoso, lo más pesado y a la vez lo más importante. Pero me parecía trivial introducir en Si esto es un hombre[2] ciertos diálogos, ciertas conversaciones con compañeros y amigos, y por eso he dejado de mencionarlas –lo cual no significa que las haya olvidado–; de todos modos, en Lilít[3] están incluidos varios relatos... Aludo sobre todo a personajes, a encuentros. Y me parecía ligero introducirlos en Si esto es un hombre. Sentía que el tema de la indignación debía prevalecer, era un testimonio casi jurídico y buscaba realizar una acusación, no para producir represalias, venganza o castigo, sino para conservar el testimonio; por esa razón algunos temas me parecían marginales. Por ejemplo, no sé si lo recuerda, uno de los primeros relatos de Lilít, el del discípulo, ese compañero húngaro que no quería robar ni mentir, que había permanecido fiel a su moral de hombre libre: acababa de llegar y consideraba que transportar diecisiete ladrillos huecos en vez de veinte no estaba permitido, que a fin de cuentas eso era mentir. Intenté convencerlo de que no vivíamos en un mundo en el que reinara la moral anterior, que se trataba de un mundo bipartito, un mundo dividido en dos –nosotros y los otros– y que la moral corriente ya no funcionaba: los otros son tan hostiles, lo que nos separa es tan duro, tan feroz, que la moral corriente dejaba de valer. Y más tarde, en efecto, se robó un rábano que luego me regaló, como agradeciéndome la lección que le había enseñado. Episodios como éste, historias tan breves, no encajaban en Si esto es un hombre; pertenecían a otro registro y los he escrito en otra parte. Pero no puedo expresar una razón precisa. Por ejemplo, la historia del retorno de César en La Tregua la he escrito más tarde. Y así con muchas anécdotas concernientes a personajes que en la época aún vivían. No las he escrito porque sé que es poco prudente hablar de personas vivas, incluso si se las elogia; siempre hay un riesgo. Uno tiene casi la certeza de que les hace daño, pues la imagen que se tiene de sí mismo no coincide con la que refleja un libro. En Si esto es un hombre hablé de un cierto Elías, ese enano dotado de una fuerza hercúlea; lo llamé por su verdadero apellido y luego por su nombre, pero comencé a dudar y finalmente cuando apareció la traducción alemana le pedí al editor que cambiara el nombre y el apellido. En el caso en que Elías hubiera sobrevivido habría sido muy poco probable que un texto italiano llegara a sus manos; un texto en alemán era distinto, porque él hablaba alemán.

Incluso si uno se cuida, una descripción escrita no reproduce a la persona y hay que tener en cuenta factores complejos, como la insuficiencia de nuestra memoria, la tendencia a idealizar consciente o inconscientemente. A menudo uno toma a una persona y quiere armar un personaje, ¿no es así? Y a veces se logra. Con todo, me he esforzado por no hacerlo en Si esto es un hombre. Pero he cedido ampliamente a esa tentación en los relatos de Lilít; me había vuelto un escritor. El que compuso Si esto es un hombre no era un escritor en el sentido habitual del término, es decir, no se proponía el éxito literario, no guardaba ni la ilusión ni la ambición de crear una obra bella.

¿Nunca antes había pensado en escribir?

Nunca seriamente. Confieso haber escrito un relato extenso algunos años antes de mi detención; aún lo conservo, pero no vale nada, no tiene ningún sentido, y hoy podría deshacerme de él con tranquilidad.

¿Al comienzo tuvo que escribir notas cuando estaba en el "laboratorio"[4]?

Sí, esas notas que tomé existieron, tenía un cuaderno de verdad, pero no superaron las veinte líneas. Sentía mucho miedo, escribir era extremadamente peligroso. El hecho mismo de escribir se consideraba sospechoso. No era una cuestión de notas, sino de la voluntad de tomar notas, teniendo lápiz y papel a mano y queriendo transmitir a mi madre, a mi hermana, a los míos la experiencia inhumana que estaba viviendo; pero no había notas porque sabía que no hubiera podido conservarlas. Era algo materialmente imposible. ¿Dónde guardarlas, en qué escondite? ¿En el bolsillo? No teníamos nada, nos cambiaban las sábanas sin cesar, nos cambiaban también las ropas, no había ningún medio de

guardar nada. Sólo contaba con mi memoria.

Quisiera volver ahora a la cuestión de la iniciación. En Si esto es un hombre usted también habla como al pasar de un conjunto de rituales, de pequeños giros que recaían sobre los nuevos, lo cual me hace pensar en los rituales vigentes en otras grandes concentraciones humanas. Y me interesa por que es un punto que no ha sido desarrollado en otras entrevistas suyas. Por ejemplo, la "bienvenida" que la comunidad reservaba a los nuevos, las pruebas que les imponía antes de aceptarlos.

Hay que distinguir entre la iniciación por parte de las autoridades y la iniciación por parte de los camaradas. La primera era brutal, por ejemplo aquello de no entregar cucharas; o bien, en otros campos, como pude leer luego, el recién llegado era apaleado apenas se presentaba. Tenía que comprender enseguida que toda esperanza estaba perdida. En nuestro campo, la iniciación oficial prácticamente no existía, pues se trataba de un campo híbrido, éramos obreros y la industria alemana quería que estuviéramos en condiciones de trabajar. Por lo tanto, no puedo contar demasiado de la iniciación de las SS. Acerca de la que practicaban mis compañeros, sí. El recién llegado, "el número alto" –porque tenía un número mayor que el de sus predecesores–, parecía cómico: se encontraba desorientado, estaba relleno, era torpe, no entendía nada, y con la crueldad característica de las escuelas y los cuarteles ese aspecto cómico era objeto de burlas. Se jugaba con el nuevo, a veces tenía que escuchar noticias absurdas, grotescamente falsas, que lo único que hacían era incomodarlo. Un día me dijeron: "¿No te gusta el trabajo que realizas? Ve a pelar papas, pide que te dejen pelar papas", y lo hice, fui, con lo poco que sabía de alemán. Y también esta ineptitud lingüística

–el hombre que no habla, que no posee el verbo– se veía como algo cómico.

Los testimonios de campos como Auschwitz o los del Norte, en los cuales los italianos eran menos numerosos, son bastante escasos y los problemas lingüísticos surgían inmediatamente. No obstante, en una fábrica de Gusen, ochenta por ciento de los prisioneros eran italianos y todos obreros, lo cual daba una población muy homogénea.

Efectivamente.

Eran de Sesto San Giovanni y de la Fiat de Turín, por lo tanto eran más homogéneos. Mi pregunta anterior apuntaba al tema de si la iniciación era sólo negativa, como las cosas que contó antes, o si también tenía un lado positivo, si les procuraba informaciones para salvarse.

Sí, pero muy pocas veces.

¿Pocas veces?

Sí. A causa de la barrera lingüística y también de la falta de buena voluntad, porque el recién llegado no resultaba interesante. Era una carga, una boca más para alimentar, un competidor, no le interesaba a nadie, no había solidaridad. Ésa fue al menos mi experiencia, hablo de aquello que conocí. La solidaridad era insuficiente.

También lo menciona cuando establece un paralelo con otras situaciones de gran opresión en las que se observan choques muy violentos entre los oprimidos.

Sí, lo dije explícitamente: cuando la cautividad está acompañada por un grado extremo de opresión, la solidaridad se desploma. Prevalecen otros factores, como la supervivencia personal.

Tal vez sea también la pérdida de identidad la que estimula esa atomización. Supongo que cuanto más se debilita la identidad, más se encierra uno en sí mismo y se vuelve menos capaz de comunicarse y preocuparse por los demás. Tengo la impresión de que se trataba de un proceso de esa clase.

No sabría decirlo. ¿Qué significa perder la identidad?

Darse cuenta de que todos los modelos culturales y morales sobre los cuales se construyó una vida allí –como acaba de decirlo– no valen nada.

Sí, comprendo.

Dicho de otro modo, la pérdida del marco de referencia fundamental de la existencia. Aun si los detenidos eran más bien jóvenes –usted mismo era muy joven–, tenían un marco de esas características: a esa edad ya se ha vivido lo suficiente como para haber elaborado de manera autónoma modelos propios, y súbitamente todo se desploma...

Sí, es cierto. Quizás lo dije en otros términos, menos técnicos que el de "pérdida de identidad". Uno se hallaba perdido, transplantado en un medio completamente ajeno.

Quería preguntarle algo al respecto: usted fue deportado por su condición de judío y partisano...

Por mi condición de judío, pero era también un partisano.

De acuerdo. A nivel subjetivo fue deportado como judío y como partisano. Pero en su opinión, ¿cómo reaccionaba el que se encontraba allí casi de casualidad, el que simplemente era judío o deportado no partisano?

Mi condición de partisano contó muy poco. Fui partisano durante algunos meses y sólo de nombre, ni siquiera iba armado. Mi caso coincide con el deportado judío común, castigado por la falta de haber nacido, en suma: bajo el golpe de una tremenda injusticia. Recuerdo que nunca dejó de asombrarme esa enorme injusticia. Castigar a un adversario político, encarcelarlo o enviarlo al Lager es cruel, pero racional, siempre se lo hizo; en otros tiempos los prisioneros de guerra se vendían como esclavos. Es una realidad de siempre, repudiable, pero que encontramos incluso en el reino animal: las hormigas hacen razzias y capturan esclavos. Pero castigar al otro simplemente porque es otro, apelando a una ideología abstracta, nos parecía el colmo de la injusticia, de la torpeza y de la irracionalidad. ¿Por qué, en base a qué soy diferente de los demás? Aquí debe establecerse una distinción importante: los judíos religiosos, los judíos creyentes, como todos los creyentes, no comprendían, no sentían esa injusticia, imaginaban que se trataba de un castigo divino, lo atribuían al Dios incomprensible, al Dios desconocido que decide sobre la vida y la muerte, que sólo sigue criterios inaccesibles a nuestro entendimiento, pues todo lo que Dios dispone debe aceptarse. Pero para un laico –como era y seguí siendo yo– en todo eso no había más que una injusticia absoluta, que nada podía justificar o explicar.

¿Esta experiencia cambió en algo su condición de judío en el campo o en los años posteriores?

No. Diría más bien que debilitó mis convicciones religiosas, que en ese momento no eran demasiado grandes. Tuve la impresión, y aún la tengo, de que ningún credo puede justificar la masacre de niños. Un adulto puede ser culpable, consciente o inconscientemente; el que ha vivido realizó algún acto de trasgresión, pero un niño no.

Pero entró en contacto con el mundo judío del Este, que no conocía y que le interesaba bastante, como muestran sus relatos.

Sí, pero ese interés se manifestó mucho más tarde. Es el resultado de una elaboración posterior. El contacto que allí tuve con el judaísmo del Este fue negativo y durísimo. Los judíos sefardíes –o en todo caso los italianos– éramos rechazados porque no hablábamos yiddish, éramos extranjeros. Al comienzo éramos extranjeros para los alemanes, por judíos, y extranjeros para los judíos del Este, pues no formábamos parte de los suyos; no tenían la misma noción del judaísmo. Muchos judíos polacos de origen noble se irritaban por nuestra presencia: "Pero ¿qué clase de judío eres? Redest keyn jiddisch, bist nit keyn jid", decían, no sé si comprende. Porque jiddisch es el adjetivo que deriva de jid, judío. Allí tenemos casi un silogismo, es como si dijéramos: "Un francés que no habla francés no es francés". Un jid que no habla jiddisch no es jid. Ése fue el contacto, salvo algunas excepciones, naturalmente, con personas que habían conservado cierta nobleza, cierta lucidez, y que comprendían lo vulnerables que éramos. Los judíos italianos nos sentíamos particularmente vulnerables. Junto con los griegos éramos los últimos de los últimos. Me atrevería a decir que la cuestión era aun peor para nosotros, porque los griegos ya estaban algo acostumbrados a la discriminación: el antisemitismo ya existía en Salónica. Pero los judíos italianos, tan acostumbrados a que los demás los trataran de igual a igual, se encontraban realmente privados de defensa, desprotegidos como un huevo sin su cáscara.

¿Existía en el campo alguna clase de religiosidad entre los judíos polacos?

En algunos, sí. Nuestro campo estaba compuesto por una gran mayoría de judíos, calculo que en un noventa y cinco por ciento. Había algunos rabinos que ejercían funciones religiosas en secreto. Rezaban en público, lo que atraía a mucha gente, incluso a no creyentes.

Quería hacerle una pregunta que se me ocurrió luego de leer un libro escrito por una francesa[5] *acerca de los hijos de los deportados y las marcas que la deportación deja, según la autora, en tres generaciones. Todo el mundo habló acerca de la influencia que tiene ese sentimiento de injusticia extrema en las generaciones siguientes. Pero ¿cree que la deportación ha tenido una repercusión en su actitud frente a sus hijos, en los valores que les impartió, y en los jóvenes en general?*

Es una pregunta difícil. Con respecto a la juventud en general o a los hijos en particular, hay una gran diferencia. Mis hijos siempre se negaron a enfrentar el tema. Tengo dos hijos, con los cuales he mantenido una excelente relación, pero nunca quisieron escucharme hablar de este tipo de cosas. En cuanto a la juventud, es una materia fluida: cada generación, cada edad es distinta de la siguiente. En varias ocasiones hablé en escuelas, sentí que había interés, reacciones de horror, compasión, a veces incredulidad, estupor, incomprensión. No sabría qué diagnóstico dar, hoy en día pasó tanto tiempo... ya no voy de buena gana a las escuelas, porque tengo la impresión de ser un sobreviviente de otra época, un antiguo combatiente, un viejo, en pocas palabras.

Sin embargo, ahora creo que se está recobrando el interés.

No sé, me parece que eso no pasa entre los niños. ¿Usted qué piensa?

Fui a Mauthausen a fines de septiembre, para la manifestación de la paz: había muchos niños y me animaría a decir que no sólo su interés sino también su percepción de la realidad de los campos de concentración era fuerte. Están muy marcados. Creo que la transmisión de los testimonios siempre es importante. Usted marcó a toda una generación de un modo positivo, a favor de un compromiso con la sociedad que en ningún momento fue cuestionado.

Aquí tocamos un tema sensible. Tal vez sea un error mío no ir de buena gana a las escuelas. Por un lado, confieso que estoy harto de escuchar siempre las mismas preguntas. Por otro, tengo la impresión de que mi lenguaje se volvió insuficiente, que hablo una lengua diferente. Y además, debo admitir que me conmovió mucho la experiencia que tuve en una escuela en la que dos hermanos me dijeron con un tono categórico: "¿Por qué viene a contarnos su historia cuarenta años más tarde, después de Vietnam, después de los campos de Stalin, Corea, todo eso... por qué?". Confieso que me quedé boquiabierto, sin voz, como atrincherado, y respondí que hablaba de lo que había vivido y que si hubiera estado en Vietnam habría contado la guerra, que si hubiera estado en el goulag bajo el gobierno de Stalin habría contado cómo eran los campos allí, pero comprendí la debilidad de mis argumentos. Temo caer en el panegírico, como suele ocurrir. Es decir, privilegiar mi propia experiencia frente a la de los demás, aun siendo consciente de que vivo en un mundo cambiante, que progresa en un sentido pero retrocede en otro; y estos alumnos de hoy, que utilizan computadoras con la mayor facilidad, que conocen y aprenden por la televisión cosas que yo jamás había sabido, me ponen en un aprieto. La verdad es que me invade un sentimiento de inferioridad frente a ellos, incluso cuando sé que dije cosas importantes, que no tengo dudas sobre el valor de mis libros. De todos modos siento que mis textos son viejos, que envejecieron. Y otra impresión, más

reciente, es ésta: he recibido muchas cartas, recibo en promedio una o dos por día; casi todas son de naturaleza religiosa. Me preguntan –a mí, que soy laico– si Dios existe, y en caso afirmativo por qué permitió semejante horror y por qué deja que sucedan tantos otros; eso me pone mal, no puedo dar la respuesta de un laico: el mundo está librado al azar, no hay un guía, no hay un jefe. Pero, para mi desagrado, creo que la necesidad de un Dios paterno está creciendo, aun en la escuela. Me di cuenta en las últimas que visité. No conozco sus opiniones, ignoro si es creyente...

Muchos jóvenes de hoy parecen necesitar un personaje que quizás no sea el Dios padre, sino una autoridad benévola bajo la cual ampararse. Efectivamente, creo que eso está.

Seguramente es por la búsqueda de seguridad.

En efecto, de esa seguridad que antes se encontraba... Ahora recuerdo uno de sus artículos publicados en La Stampa hace algún tiempo: decía que en el fondo es bueno que los políticos ya no tengan carisma, con el daño que provoca el carisma en política.

Sí.

Era ése el tema de uno de sus artículos, ¿no es cierto? Con todo, ya nadie tiene la tentación de buscar carisma en política y la gente la encuentra en un nivel humano en general, ¿no es así?

Sí.

Hay seguramente un problema de lenguaje entre nosotros y los alumnos, pero no creo que experiencias como éstas queden superadas; como decía antes, tal vez sea usted el que se cansa de repetir lo mismo.

Por cierto.

Y quizás las preguntas que se repiten necesariamente.

Sí, pero hay algo más. Debo decirlo: una de las preguntas que se repiten es la de por qué todo esto, por qué los hombres hacen la guerra, por qué se creó el Lager, por qué los judíos fueron exterminados, y no tengo respuestas a esa pregunta. Sé que nadie las tiene; por qué hay guerras, por qué estuvo la Primera Guerra Mundial, después la Segunda –y suele hablarse de una tercera–, esta pregunta me atormenta pues no sé cómo contestarla. Mi respuesta estándar es que eso forma parte de nuestra herencia animal, que la conciencia del territorio, de la territorialidad, la tienen los perros, los ruiseñores y todos los animales; lo digo pero en el fondo no lo creo. Y ahora me gustaría preguntarle: ¿podría responder a la pregunta sobre el por qué de la guerra? ¿Por qué se tortura al enemigo, como hicieron los romanos, como hicieron los nazis? Sin embargo, durante medio siglo dejaron de hacerlo, se respetaba al prisionero de guerra, pero eso no duró mucho; actualmente vivimos en una época cruel. Y bueno, no sé qué responder, salvo algunas generalidades vagas sobre el hecho de que el hombre es malo, no es bueno... ¿Cómo responder a la pregunta acerca de la bondad o maldad de la naturaleza humana? ¿Diciendo que hay hombres buenos, otros que no lo son y que cada uno es una mezcla de bueno y malo?

Tengo la impresión de que llegamos a la conclusión de que no se pueden ofrecer explicaciones completas de los sucesos históricos.

Es decir, llegamos a la conclusión de que no se puede explicar todo, o que no se puede explicar casi nada.

Quería volver a un punto de nuestra discusión. Cuando se ha estado en un campo de concentración, en un Lager, ¿en qué cambia la educación que se imparte a los hijos? La deportación no sólo es una enseñanza para quien la padece, sino también para las nuevas generaciones.

Sí, pero creo que con mis hijos se produjo algo particular: como ya dije, durante quince años, ambos, con nueve años de distancia, tuvieron una reacción de rechazo. Pero pienso que se negaron a escucharme porque ya habían percibido todo. Mi casa está llena de Lager, seguramente ellos han visto los libros, las fotos, han escuchado conversaciones; los niños son muy sensibles a ese tipo de cosas, ya deben de estar consciente o inconscientemente llenos de miedo y repulsión y por eso rechazaban mi discurso. Leyeron mis libros, pero no lo admiten. No les gusta escucharlo.

Pero conozco a Lisa, su hija mayor, y debo decir que conservó toda una conciencia antifascista, un compromiso bastante grande.

Sí, por supuesto.

Eso me parece lo más importante de aquella experiencia.

Hum... No estoy tan seguro de que ese compromiso venga de mí. Es una cuestión generacional.

No por casualidad casi toda nuestra generación, creo, está en la enseñanza; la educación y la cultura son una defensa contra la barbarie, contra todo lo ocurrido.

Quizás, pero me parece que esta generación, la de mi hija y la suya también, es en su conjunto una generación de gente valiente, contestataria, no estoy seguro de que eso venga de la... no sé, creo que allí también hay hijos de fascistas.

No.

¿Cómo que no?

No, digo que no. Al menos entre quienes participaron de esos acontecimientos. La prueba es que hemos fundado una asociación llamada "Nueva Resistencia" precisamente dentro de ese espíritu.

Usted sabe que la educación que nuestros hijos reciben es el resultado de tres factores: una parte es de origen genético, que se transmite con los cromosomas en el momento de la concepción, hay otra parte consciente y finalmente una inconsciente, hecha de ejemplos. En lo que a mí concierne, no recuerdo haberles dado a mis hijos una lección de democracia: la absorbieron del ambiente, así como absorbieron el Lager.

Sí, creo que el ejemplo mudo es formativo, mucho más que los largos discursos.

El ejemplo es muy importante.

En ese sentido, seguramente hay algo que el padre transmite a sus hijos.

Quizás.

Cambiando un poco de tema, he observado que entre muchos deportados, cuando se habla de los análisis de Bruno Bettelheim, en especial los del libro Sobrevivir y del anterior, El peso de una vida, hay indiferencia o incluso un abierto rechazo.

Ésa es mi reacción. Creo que la experiencia de Bettelheim está muy desnaturalizada por su excesivo psicologismo. Utiliza la palabra "regresión", ¿no es así?

Sí, "regresión a la infancia".

El comportamiento como regresión infantil... Y bueno, no, no estoy de acuerdo. En mi caso, en el Lager hubo maduración, no regresión. Tengo el recuerdo preciso de que después de haber pasado un año en el Lager era más maduro, para nada inmaduro. Tenía una manera más segura, más concreta, más valiente también de abordar la realidad y me pareció que era igual para todos los sobrevivientes, para todos mis camaradas. ¿Qué regresión? De Bettelheim me olvidé por completo. Me acuerdo muy poco de lo que dijo. Creo que sólo se puede hablar de regresión en un sentido: el que la padecía se moría.

Bettelheim insiste en que existía una política deliberada que tendía a producir una regresión a la infancia en el prisionero, por su total dependencia alimentaria, o con respecto al sueño, al tiempo, a los traslados, una dependencia absoluta, y dice que muchos caían en una regresión. Hoy usted habla desde el punto de vista de quien salió enriquecido con la experiencia.

Sí.

Pero usted representa a una ínfima minoría.

Pero no sentí esa obligación sobre la comida. Pero, vamos, en las familias hay una hora para ir a la mesa y nadie lo ve como una limitación, ¿no?

Creo que un niño quiere comer cuando tiene hambre.

Los niños son rutinarios, aceptan de buen grado los horarios. No creo que eso constituya una regresión. En todo caso, si es así, hay una contradicción: si a los niños no les gustan los horarios fijos, obligar a un prisionero a seguirlos no es provocarle una regresión infantil.

Es depender del capricho y la voluntad del otro: no poder intervenir nunca por sí mismo. Y es un poco lo que usted dice.

Sólo puedo afirmar esto: cada uno vivió el Lager a su modo. Difícilmente podamos encontrar dos versiones parecidas y derivar reglas generales. En mi experiencia y en la de quienes se hallaban más cerca de mí prevalecía la envidia... e incluso si había factores regresivos, cargados de obligación, prevalecía, digámoslo sin tapujos, la curiosidad, el interés científico, antropológico, por un modo de vida completamente diferente, y todo eso resultaba un factor de enriquecimiento y maduración. Dije algunas veces, e insistiré sobre ello, que para mí el Lager fue una suerte de universidad. La expresión no es mía, sino de Lidia Rolfi[6], a quien usted entrevistó, supongo; se la tomé prestada. Esa maduración se manifestó más tarde. Allí no había tiempo de madurar demasiado, pero el período siguiente fue de reflexión. En cuanto a Sobrevivir, lo leí hace poco pero sin muchos resultados: no me quedó nada. Tuve la impresión de que era un mal libro, una serie de conferencias mal ensambladas.

Está aquel artículo sobre la familia Frank, a propósito del cual, entre otros, se formularon numerosas críticas y que a menudo suscita un rechazo brutal. Bettelheim realiza un análisis de la familia Frank, en el cual muestra cómo se produjo una enorme negación del peligro que representaba esa voluntad de permanecer juntos a cualquier precio, algo que al final resultó fatal para toda la familia. Un comportamiento más concreto, en cambio, más realista y más flexible habría permitido salvar a uno de sus miembros. Y extiende ese tipo de estudio a diversos casos de familias, en particular judías, que habrían estado ciegas frente al peligro, a niveles que luego pagaron muy caro. Pienso también en ese libro, no recuerdo el título, de Debenedetti, un libro pequeño sobre el ghetto...

Se llama El dieciséis de octubre.

Exactamente. Ese libro muestra que de hecho uno no cree, hace como si nada hubiera sucedido.

Ese “hacer como si…” es una cuestión muy grave.

Sí, me gustaría conocer su opinión al respecto.

Es cierto, el rechazo a toda costa existió: “Eso no ocurrirá entre nosotros”. Era la actitud de mi padre. Afortunadamente para él, murió un año antes, pero esa negación, con todos sus riesgos, existía para mí en 1942-1943. Llevaba la vida de todos los estudiantes, iba a la montaña, al teatro, a los conciertos, sin darme cuenta de que Alemania estaba invadiendo Europa. ¿Y qué podía hacer? Actuar de otro modo, emigrar, por ejemplo, tratar de emigrar. Pero para emigrar había que atravesar una “barrera de potencial”: salir del agujero, de la familia, despegarse de las emociones, de la patria, del país natal, de las amistades, etc., fuerza y lucidez que muy pocos tuvieron, sobre todo en Italia, sin contar el hecho de que hacía falta muchísimo dinero. No era fácil, y esa crítica de la familia Frank me parece superficial: permanecer juntos representaba obviamente un riesgo, pero era también el único medio de conservar la apariencia de la vida pasada.

Sí, pero Bettelheim justamente dice que esa apariencia no podría conservarse y que si se buscaba mantenerla se pagaba el precio más alto. Quien consiguió despegarse o intentó resistir activamente terminó pagando menos.

Sí, quizás. Pero ¿cómo exigir semejante lucidez? ¿Piensa que actualmente vivimos lúcidamente? Habría que hacer las valijas y mudarse a una isla, no quedarse en Europa. ¿Somos lúcidos hoy en día? ¿Nos comportamos lúcidamente frente al peligro nuclear? El campo de batalla, si existe alguno, será Europa, y quién de nosotros, si tuviera dinero en Suiza, iría a llevárselo para exiliarse en Nueva

Zelanda. En aquella época no era tan distinto. ¿Acaso nosotros no experimentamos negación?

Creo que había en el judaísmo italiano una tradición legalista que...

No era exclusiva del judaísmo, sino de la burguesía italiana.

Sí, pero en particular después de la liberación del Piamonte el judaísmo fue plenamente reconocido por las leyes.

Seguro, el judaísmo italiano se hallaba fuertemente asimilado, era el más asimilado del mundo y lo sigue siendo. La prueba reside en que hablo italiano, piamontés corriente. No nos distinguimos del resto, lo cual no ocurre en otras partes del mundo, ¿no es así? Pero el legalismo no era propio de los judíos italianos, ese comportamiento era común a todos los italianos.

Es cierto, sé que esa actitud condujo a ciertos judíos a presentarse ellos mismos cuando los alemanes y la República social pegaron afiches para que los judíos fueran denunciados a las autoridades.

En efecto, eso llegó a ocurrir.

Era lo que su padre decía: nada puede pasarnos porque eso aquí nunca sucedió. Los padres se presentan espontáneamente y el soldado intenta alejarlos diciéndoles: "¡Váyanse de aquí!".

Pero quiero decirle que otro ciudadano italiano no judío se habría comportado más o menos de la misma manera. Alcanza con pensar en quienes no tuvieron en cuenta los bombardeos. ¿Cuánta gente permaneció en la ciudad o directamente en su casa, en la cama, diciendo: “No nos ocurrirá nada”?

Sí, aunque también estaba el riesgo de morir en los refugios, como en ocasiones sucedió. Entonces, perdido por perdido…

¡Pero era un poco menos arriesgado!

Esta hostilidad frente al texto de Bettelheim está ligada al hecho de que parece desconocer la idea de sacrificio, pero su análisis es mucho más articulado que el que puedo proporcionar aquí.

Pero él tuvo un destino particular.

Sí, pudo irse.

Pagó y se fue. Eso cala hondo en su libro, ese destino privilegiado, ultraprivilegiado. Debo confesar que yo también siento hostilidad frente a Bettelheim, una hostilidad instintiva, sin poder justificarla demasiado. Para decirlo en pocas palabras, su suficiencia me resulta antipática, como el hecho de que sepa explicar todas las cosas, esa coraza psicoanalítica que cumple el papel de evangelio que lo aclara todo, sin dejar un lugar para las dudas.

Pero, atención, no es así.

¿Cómo?

Cuando escucho hablar a la gente que padeció la experiencia de la deportación, casi tengo la impresión de que se sienten violados por el tipo de análisis que realiza Bettelheim, como si quisiera leer en su interior; lo sienten como una intrusión. Tal vez existan dos aproximaciones posibles de sus obras y susciten una lectura emocionalmente negativa en quienes tuvieron una experiencia como la que usted vivió.

Debo admitir que leí muchos libros sobre el Lager y que me gustaron varios, pero ése no. Sin embargo, no estoy en condiciones de justificar mi posición, más que por el hecho de que por un lado parece como si nos mirara de frente y nos dijera: "Ahora les voy a explicar todo". Y por otro lado, da la impresión de confundir su experiencia personal con la de los demás. Si mal no recuerdo, él estaba en Buschenwald o en Oranienburg, no estoy seguro, pero lo cierto es que se encontraba en un Lager de políticos. En tanto judío sólo permaneció un año, después del cual consiguió partir. Creo que no tuvo en cuenta el cambio enorme que se produjo luego, así como los destinos diferentes de cada uno; menciona muy pocos encuentros personales, muy pocos casos personales fuera del suyo. Me parece que se transforma a sí mismo en paradigma, como si afirmara: "Lo que me pasó a mí, lo que ocurrió a mi alrededor, eso es lo que les pasó a todos".

Por cierto, su experiencia es la del Lager alemán, es decir, del Lager para alemanes.

Del Lager alemán, pues él era alemán.

Hasta 1939, y creo que se va ese año.

Sí. Por lo tanto, no pasó por la experiencia esencial de la alienación, que fue justamente la nuestra. Padeció sufrimientos graves, físicos, lo golpearon, pasó hambre y fatiga, pero la deportación, con el desarraigo que implica, no la conoció. Es quizás por esa razón que su libro me pareció tan distinto de mi experiencia. Por el contrario, me resultaron fascinantes los relatos de Langbein; desafortunadamente no son muy conocidos en Italia. Langbein tiene más de setenta años, es mitad judío, fue comunista y combatió en España; luego, como tantos otros, se refugió en Francia. El gobierno de Pétain lo entregó a los alemanes, que primero lo enviaron a Buschenwald y luego a Auschwitz, como miembro del equipo que "inauguró" Auschwitz. Escribió varios libros, de los cuales se destaca Hombres y mujeres en Auschwitz, en el que describe no sólo las condiciones de vida de los prisioneros, sino también las de los demás, de aquellos que vivían fuera del campo. También eran hombres y mujeres, y los relatos que ofrece de los casos clínicos más o menos serios de las SS me parecen algo nuevo, importante y pocas veces mencionado. Nos muestra cómo, en un universo odioso, casi todos se comportaban sin llegar a ser monstruos congénitos: de hecho había pocos monstruos o enfermos mentales. La mayoría se mantenía fiel a la disciplina con una indeferencia desganada. No les apasionaba matar gente, pero lo aceptaban, eran el producto de una escuela. Rara vez leí un libro que mostrara tan bien el peso considerable de la escuela nazi, del sistema escolar nacionalsocialista en la creación de una clase de subalternos. Langbein fue durante bastante tiempo secretario de uno de los médicos principales de las SS y también médico de la resistencia interior del Lager; ocupaba entonces una posición clave, podía saber una gran cantidad de cosas y cuenta cómo ese Dr. Wirtz, de quien era secretario, era simplemente un individuo más que había ingresado en el engranaje de las SS para hacer carrera, sin poder salir. Más tarde, ese Dr. Wirtz se suicidó, llegó a ser juzgado, pero estoy casi seguro de que luego se suicidó.

Usted también es escritor. Quería saber lo que piensa del conjunto de esa

producción, y si en su opinión existen estudios inéditos para realizar acerca de los campos de concentración.

No puedo afirmarlo con certeza. Tengo la impresión de que un libro como el de Langbein es suficientemente exhaustivo y dice bastantes cosas.

Lo que quiero decir es esto: la impresión que tuvimos es que, en el período inmediatamente posterior a su regreso, entre 1945 y 1948, escribió mucho, movido por un imperativo kantiano de testimonio frente a quienes no pudieron volver. Luego, quizás a causa de los cambios políticos, se produjo un progresivo abandono de la temática. La literatura de testimonio, en Italia, inhibida tal vez por el hecho de haber sido ilustrada por un escritor de la talla de Primo Levi, dejó de manifestarse. Ahora se vuelve a escribir. ¿Tiene usted la impresión de que esto se relaciona también con la situación que encontró a su regreso, con el hecho de que a menudo no los escucharon o incluso ni siquiera les creyeron? Cada uno tenía problemas durante la guerra que, aunque fueran pequeños, conservaban su importancia. El vacío, en mi opinión, viene de allí.

¿Se vuelve a escribir? ¿En qué libro está pensando?

Se publicó un libro que no leí –cuesta encontrarlo–, escrito por un joven judío que en aquella época era un niño pequeño. Luego apareció ese texto de una psicoanalista francesa que entrevistó a los hijos de los deportados. Se llamaba No le dije adiós. Y acerca de Ravensbrück salió Il Ponte dei corvi[7].

Leí el manuscrito.

Ediciones Mursia también publicó algunos textos nuevos que habían permanecido guardados.

No estaba al tanto. Me parece que el libro de Maria Arata, Il Ponte dei corvi, es un testimonio muy modesto. En lo personal, no haría mucho caso de lo que hoy se publica, después de tantos años. No estoy seguro de que se descubran cosas fundamentales y no me gustaría que se tratara de una moda.

No, quizás no son cosas fundamentales. En nuestras entrevistas mucha gente habla hoy por primera vez.

¿Por qué? ¿Porque se lo piden?

No.

¿Seguro que hablan por primera vez?

Es lo que dicen.

¿Nunca nadie les había preguntado nada?

Sí, pero se negaban a hablar. Elena Recanati y Natalia Tedeschi[8] *nos lo aseguraron. Pienso que es porque se dirigen a una generación que no es la suya.*

No sé qué responder. Desde mi punto de vista, no noto un mayor interés por la cautividad, el Lager, los campos de concentración, si no es bajo ese aspecto extrañamente religioso, del tipo: explíqueme, explíqueme el mal del mundo. No, no llevo un estudio cuantitativo del fenómeno: ese tipo de discursos no es exclusivo de Italia. Hoy recibí la carta de un joven teólogo estadounidense que vive en Suiza, que me explica que leyó públicamente mis libros, en la iglesia; me puso terriblemente incómodo, no sabía qué responderle. Me invitaron directamente a un congreso de teólogos en Estados Unidos y respondí non sum dignus[9], me sentiría como un cordero entre lobos o un lobo entre corderos. Pero creo que si personas como Elena Recanati o Natalia Tedeschi hablan recién ahora es porque no las pudieron contactar antes. ¿En el pasado se habían negado a hablar?

No. Dijeron que después de su regreso se sintieron incomprendidas, que no les creían, que no tenían coraje para hablar.

No, a mí no me ocurrió eso de sentirme incomprendido. Como usted sabe, Si esto es un hombre tuvo una carrera difícil. Recién se conoció a los diez años de haber sido escrito. Pero hubo comprensión hacia mí, solidaridad; en ningún momento me perturbó contar mi historia.

En el caso de las mujeres tal vez haya una violencia particular, una dificultad y una negación particular para hablar de curiosidades mórbidas que luego se plasmaron en la terrible película de Liliana Cavani, Portero de noche.

Puede ser.

Lo que comprendemos a través de todas las entrevistas que realizamos

hasta ahora es que aquello de lo que no se quiere hablar no son las eventuales prácticas sexuales, sino precisamente esa falta de solidaridad, lo que llamo "pérdida de identidad", esa reducción al estado bestial en el cual permitir algo por casualidad no tiene demasiada importancia. Quizás ciertas mujeres plantean preguntas indiscretas que les hicieron a su regreso, o directamente acusaciones.

Tal vez...

Algunas mujeres llegaron a ser brutalmente acusadas: volviste, entonces significa que... De hecho una lo contó.

¿Cómo?

Sí, dejó a su novio que le dijo que si había regresado era porque había tenido relaciones con miembros de las SS, o cosas por el estilo.

Son cuestiones diferentes. La pérdida de la dignidad humana fue más intensa en las mujeres que en los hombres y algunas sienten vergüenza de contarlo, pero de ahí a lanzar semejantes acusaciones...

Entonces, hablando del Lager, usted menciona sus vínculos con la industria alemana.

Sí.

¿Qué relación existía entre las empresas, las SS y el Lager? ¿Pudo observar algo en particular?

Por cierto. En el Lager donde yo estaba existía una diarquía, es decir, dependíamos simultáneamente de las SS y de la industria alemana, que tenían intereses opuestos: las SS querían destruirnos, matarnos, ésa era la función del Lager; pero para la industria alemana lo importante era la mano de obra: un obrero que vive tres meses y luego desaparece es un mal obrero, pues debe ser reemplazado por otro que desconoce el oficio. Existía por lo tanto un conflicto mudo entre las SS y la industria. Todo el mundo sabe que los industriales alemanes habían financiado el nazismo, pero luego comenzaron a tener miedo de las SS y de su poder autónomo.

¿Había algún vínculo orgánico entre el director del campo y las empresas?

Estoy seguro de que los contactos se establecían en el máximo nivel. El Lager de Monowitz, como hace poco me enteré, había sido financiado e incluso construido por la IG Farben; quería tener su propio Lager. Y ocurrían hechos paradójicos: la industria, la IG Farben no buscaba que muriéramos, sino que nuestro trabajo no fuera obstaculizado, y si sobreviví creo que fue en parte por mi condición de químico; el rumor corría, porque yo formaba parte del personal permanente de la fábrica. En el servicio estaban los nombres y los números de ciertos empleados, entre los cuales figuraba el mío: forman parte de este servicio los señores tal y tal, cuyos números son tal y tal. En esa fecha había una superposición y una rivalidad de ambos poderes, el poder político y el industrial. Los funcionarios, los técnicos de esa fábrica enorme –que en los hechos nunca funcionó porque estaba en construcción– eran gente común. No sé si recuerda aquella historia que cuento en El sistema periódico, la historia del Dr. Müller, con quien luego entré en contacto y que me pidió perdón. Quería que lo perdonara pero yo no sabía cómo hacer, me encontraba en una situación

extremadamente conflictiva. Por si no se acuerda, he aquí la historia. No lo mencioné en Si esto es un hombre, pero en el laboratorio donde trabajaba apareció un día un hombre muy gordo y muy grande que me miraba con curiosidad, hablaba en alemán y me preguntó: "¿Por qué se lo ve tan asustado?". Era extraño, me trataba de usted. Luego me preguntó por qué estaba mal afeitado y me entregó un bono para que me afeitaran dos veces por semana; también vio que tenía puestos unos calzados de madera e hizo que me dieran zapatos de cuero. A la pregunta sobre mi aspecto asustado no sé qué respondí, quizás no dije nada. Me encontraba muy desconcertado, incómodo, asustado, no entendía quién era esa persona. Pero recuerdo su nombre. Müller es un nombre corriente, de hecho no se llamaba Müller: cambié su nombre por las razones que ya expuse. Diez años más tarde tuve contactos con una alemana cuyo marido trabajaba en la IG Farben y entonces le pregunté: "Por favor, podría decirme cómo terminaron tal y tal?". Todos habían desaparecido, salvo este Dr. Müller. Me sentí muy incómodo. Había retomado contacto con un químico, un colega a fin de cuentas, que me había ayudado, había mostrado un poco de compasión y quería que le diera mi perdón. Entonces le escribí: "Yo, un laico, no sé lo que significa perdonar, no conozco el verdadero sentido de la palabra, lo cual significa: te absuelvo de las faltas que hayas cometido, pero cuéntame lo que has hecho". Y me contó toda su carrera, con toda franqueza, supongo. No había formado parte de las SS sino de las SA, era miembro de una liga de estudiantes incorporada a las SA, pero como eso no le gustaba pues su temperamento era pacífico, pidió que lo transfirieran a las fuerzas antiaéreas. Luego lo enviaron como químico a Auschwitz algunos días antes de que lo encontrara. Me aseguró que no había entendido qué era ese complejo de industria y concentración, con prisioneros mal alimentados, enfermos, que según le decían eran presos políticos, enemigos del Estado con quienes no había que hablar. Seguramente era un miedoso, y me escribió que él fue quien me hizo entrar en el laboratorio, algo que me resulta imposible de verificar. Le respondí que en ese caso podía vivir en paz, pero que de todos modos no me consideraba con derecho de absolver o condenar. Me llamó para verme y quedamos en encontrarnos pero falleció algunos días antes. Murió súbitamente. Entonces sentí que resulta bastante estúpido hablar de alemanes malos: lo diabólico era el sistema; el sistema nazi era capaz de arrastrar a todo el mundo a

través de la crueldad y la injusticia, tanto a los buenos como a los malos. Era muy difícil salir de eso. Había que ser un héroe. Lo que no comprendo es por qué en Italia no pasó lo mismo. ¿Algún demonio habrá elegido mudarse a Alemania? Hace poco Ferdinando Camon me entrevistó por escrito y me habló del elemento demoníaco dentro del luteranismo, pero en realidad no sé mucho del tema.

Lo impresionante es el espíritu gregario.

El espíritu gregario, el consentimiento, el hecho de decir siempre "sí".

Escuché hablar de una experiencia realizada con estudiantes estadounidenses hace algunos años. Les hacían presenciar electrochoques. Sólo unos pocos apretaron el botón para interrumpirlos.

Y eso que eran estadounidenses, ya ve usted... ¿Y por qué los alemanes de hoy en día no son como los de ayer?

En efecto, tienen el movimiento pacifista más poderoso de Europa.

El movimiento pacifista, el movimiento verde, una democracia que funciona. ¿Por qué? Realmente llego a creer en la concepción heroica de la historia, según la cual alguien malo, poderoso y persuasivo, la encarnación del demonio, un personaje como Hitler arrastra tras de sí al pueblo entero como un rebaño. ¿Qué otra explicación puede darse? En las filmaciones de la época, los diálogos entre Hitler y el público son absolutamente impresionantes, parecen intercambios de truenos. Por ese motivo las

personalidades carismáticas me dan miedo. No consigo aceptar la tesis marxista del nazismo como fruto de la lucha de clases; el comportamiento del pueblo alemán era muy especial y la personalidad de Hitler también. No sé, son preguntas que me hago.

Es muy probable que los orígenes del nazismo deban buscarse en el tratado de paz de la Primera Guerra Mundial. Haber depositado en Alemania toda la responsabilidad de la masacre y haberle impuesto humillaciones absurdas seguramente estimuló el espíritu de revancha.

Por supuesto, pero la Alemania de la Segunda Guerra padeció humillaciones aun más terribles. La partieron en dos, la ocuparon –incluso los franceses– y a pesar de todo el fenómeno no se reprodujo. Siento un poco de miedo cuando me preguntan sobre las razones históricas.

Esta postura, ligada a una experiencia específica, representa un avance muy importante con respecto a la Historia que pretende explicarlo todo y no hace más que tranquilizar, pues supone un progreso, una meta que se alcanzará paso a paso. Me interesan mucho las actitudes ligadas a una experiencia concreta. En efecto, son actitudes generalmente historiográficas. En su caso y en el de tantos otros, es porque la sinrazón se vivió a flor de piel, desde adentro.

Haber estado implicado personalmente no me ofrece elementos de explicación, puedo proporcionar datos, pero razones no. Pienso en esta cuestión desde hace mucho tiempo, pero no llego a una conclusión distinta de aquella a la que puede llegar un historiador o un filósofo de la historia... A fin de cuentas, para ser sincero, no encontré monstruos, sino funcionarios, funcionarios que se comportaban como monstruos. ¿Qué podríamos decir del Sonderkommando[10]? Ese asunto aún me aterra. No sé si pudo consultar Un médico en Auschwitz, el libro escrito por el médico

húngaro Nyiszli, que formaba parte de un Sonderkommando y era uno de sus médicos. Parecía como si nada pudiera resistirse a la violencia. Llegué a preguntarme qué habría hecho yo si eso me hubiera ocurrido: ¿habría tenido el coraje de matarme, de hacer que me mataran, si me hubieran encargado aquella tarea? Quizás no comprendían. Hubo gente que prefirió morir antes que entrar en un Sonderkommando.

¿Había muchos suicidios?

No. Ése es un tema importante. Había pocos suicidios en el Lager, y de hecho hubo pocos suicidios durante la guerra, menos que ahora, y las explicaciones que encontré acerca del fenómeno no me convencieron. Mi interpretación es que el suicidio es un acto humano; los animales no se suicidan y en los campos el ser humano tenía tendencia a rebajarse a la animalidad. Sí, ya lo dije, lo importante era pasar el día, la comida, no tener frío, saber qué tarea había que realizar, en fin, llegar hasta la noche. No había tiempo de pensar en matarse.

Y sin embargo eso podría haber sido una manera de terminar con el sufrimiento.

A veces lo pensé, pero nunca seriamente. ¿Había gente que se dejaba morir?

Eso ya es distinto, no se trata de un acto voluntario.

Siempre a propósito del Lager: ¿había actos de resistencia, de sabotaje? Me refiero incluso a actos pequeños. Debenedetti cuenta por ejemplo que

cuando le tocaba plantar coles, les cortaba las raíces para que luego se marchitaran.

Sí, había bastante de eso. Recuerdo haber destruido una vagoneta: la empujé sabiendo que iba en la dirección incorrecta y que iba a chocar con otra. Lo hice simulando equivocarme, estaba con otros deportados y lo hicimos todos juntos, más o menos conscientemente. También traté de rayar unos rodillos que sabía que eran importantes y estuve cerca de que me juzgaran por ello. Pero no saboteé más nada. En la fábrica reinaba el miedo. En cuanto a la resistencia, sí, hay algunas cosas para decir. Me enteré mucho más tarde de que en Monowitz existía una organización de resistencia. En aquel lugar sólo llegué a sospecharlo un par de veces. Había un capo judío que era neurópata, nos golpeaba –todos nos golpeaban, pero éste lo hacía con un salvajismo particular– para hacernos daño, en la nariz, en el cuello. Hablando con uno de mis camaradas le mencioné la actitud de ese personaje y me respondió: "Ya verás, no permanecerá aquí mucho tiempo". Y de hecho desapareció algunos días después. Y mi amigo comunista observó: "Te lo dije". El segundo episodio concierne a un homónimo, un cierto ingeniero Levi de Milán que unos días antes de la llegada de los rusos se me acercó diciendo: "Si te pasa algo, búscame". Muchos años más tarde me encontré con un comunista francés, judío, que había estado en Monowitz y a quien le conté ambos episodios. Me confirmó que tanto uno como otro tenían su explicación: había una pequeña red de resistencia que en ciertos casos tenía decisión sobre la vida y la muerte, pues podían acceder a los registros del campo y quitar un nombre reemplazándolo por otro. El capo del que hablé debió de ocupar el lugar de algún seleccionado. Era a fin de cuentas un medio de controlar las listas de quienes iban a la cámara de gas. Le pregunté al hombre que me contó todo esto si yo, no comunista, hubiera podido terminar en la cámara de gas para salvar a un comunista. Me respondió: "Sí, naturalmente". En Auschwitz y en los demás campos la resistencia estaba en manos de los comunistas. Son prácticas que puedo apenas mencionar. Pienso que en cierto sentido tenían su justificación, pues sólo el partido comunista alemán, monolítico como todos los partidos comunistas, era capaz de mantenerse de pie con algo de fuerza. Por lo tanto, creo que

debía admitirse que un individuo cualquiera pudiera ser condenado a muerte para salvar a uno de los suyos. No me parece tan monstruoso.

Pero también hay testimonios de personas ligadas a la resistencia que, de algún modo, recibían protección apenas llegaban al campo. Y no eran necesariamente comunistas.

¿No?

Sobre los escritorios había ciertas recomendaciones y se intentaba ocupar a los miembros de la resistencia en trabajos menos penosos, ponerlos en situaciones más cómodas, al menos según nuestros testimonios.

Sin duda, pero en mi Lager eso no servía para nada...

E incluso cuando decía que era un partisano me sugerían que me callara, que no se lo dijera a nadie. Me lo advirtieron unos franceses: si eres un partisano, no lo menciones, hay espías en todas partes.

27 de enero de 1983

[1] Término alemán que designa a los campos de concentración.

[2] Editado en español por El Aleph Ediciones, Barcelona, 1998.

[3] Lilít y otros relatos, El Aleph Ediciones, Barcelona, 1998.

[4] Laboratorio de química del campo de Monowitz.

[5] Claudine Vegh, Je ne lui ai pas dit au revoir [No le dije adiós], Gallimard, 1980.

[6] Deportada en Ravensbrück, autora, junto con Anna Maria Bruzzone, de Le Donne di Ravensbrück, Einaudi, 1978.

[7] Maria Arata, Il Ponte dei corvi, Mursia, 1979.

[8] Dos mujeres deportadas en Auschwitz.

[9] No soy digno". (N. del T.)

[10] Literalmente, "comando especial", compuesto por detenidos encargados de sacar los cadáveres de las cámaras de gas y de llevarlos al crematorio.